NO, NO ME GUSTA..., NO

Francisco Miguel Cubero Lorón

Capítulo 1

No..., no me gusta, no

Ya..., cuando se despertó Bartolo ese día, notó que algo no iba bien. Se apartó la ropa de encima y se sentó a pensar en qué pudiera ser aquello que no le estaba gustando.

Bartolo siempre había sido en su pueblo, un tipo raro. Sentía cosas que los demás no apreciaban. Interpretaba pequeños cambios en el comportamiento de los insectos que para él tenían un significado especial; o en los aires indisciplinados que no seguían la dirección habitual marcada en la rosa de los vientos, a la que se debían. Y alteraciones mínimas en el ambiente, que los instrumentos de precisión ni se molestaban en registrar. Cosas todas ellas que le ponían en alerta, como preparándose para la catástrofe.

El señor cura siempre le decía a su madre: "María, vigila a Bartolo: no va por buen camino", porque se veía venir. En los recreos de la escuela, permanecía apartado sin participar en las competiciones de los otros chicos por ver quién meaba más lejos, puestos todos tras la línea trazada sobre la tierra del patio.

Tampoco se le conoció novia alguna, a pesar de ser un joven bien parecido, porque sus aspiraciones eran indagar en los misterios de la vida y de la madre Naturaleza.

Nadie entendía que, en esa edad en que a los chicos les era dada la masturbación como un entretenimiento placentero y muy adecuado para jóvenes sin recursos, él, se pasase horas con el oído pegado a la tierra, escuchando un latir cansino de corazón en hierro fundido que le llegaba desde lo más profundo del planeta. "¿No lo oís...?", les decía a los otros que intentaban también oír esos latidos espaciados de la Tierra, como él los describía. Y estaban un rato, sí, con las orejas aplastadas contra el suelo, pero ellos no podían oírlo porque no escuchaban..., y se rendían.

"No es...: pom-póm..., pom-póm..., pom-póm..., como los de nuestros corazones, no. Es más...: pom... póm, pom... póm, pom...póm..., como ruido de máquina antigua", les decía cuando se empeñaba en que apreciaran la diferencia.

Pero la gente tenía muchos problemas en los que pensar y, tras varios impacientes intentos, dejaban de oír y se iban, aunque intuyeran que la abundancia de la próxima cosecha iba a depender en gran medida, de que aquél corazón que sólo a Bartolo le era revelado, no dejara de latir.

Poco a poco, Bartolo se fue quedando apartado y sin amigos que le entendieran. Pero aunque incomprendido, las gentes nunca le perdieron el respeto. A fin de cuentas, sólo era que había elegido un camino distinto al del resto.

Así que se levantó de la cama y sintió necesidad de mirar al cielo. Algo le decía que allí estaba lo que no iba bien. Abrió las ventanas y vio una flotilla de nubes negras que avanzaban en formación de "V", volando contra un viento boreal que les disparaba, contra toda lógica, perdigones de polvo sahariano.

"No me gusta. La Tierra se queja sin saber de qué, pero con razón. Ya nada es como se espera que sea". Y la formación, para defenderse, se dispersó y cada nube volaba dibujando volutas como golondrinas gigantes, raspando con sus barrigas de algodón sucio los tejados de las casas del pueblo, en sus vuelos bajos y enloquecidos persiguiendo las gotas de agua suspendidas de la atmósfera y de las que se alimentaban.

La verdad es que Bartolo fue creciendo medio aislado, pero con la admiración de sus conciudadanos que valoraban acertadamente su capacidad de relacionarse con la Naturaleza.

Un día, la vaca de Celestina parió un ternero enclenque, al que el señor veterinario, D. Pascual, dio pocas esperanzas de que sobreviviera.

"Dile a Bartolo que te lo vea", le dijeron las vecinas. Les hizo caso, le mandó recado de lo que le pasaba con aquél ternero que tenía que ser su sustento si se le ponía hermoso y poder así venderlo en la feria, y Bartolo acudió a ver al animal. Entró en la cuadra y se lo quedó mirando, mientras pronunciaba unas palabras ininteligibles.

"El animal, se pondrá bien. Eso me han dicho", dijo. Le puso la mano en la testuz y, al poco, salió. Y en unos días, el ternero ya parecía otro, de hermoso y fuerte. La gente, al ver el cambio experimentado por el ternero aquél, comentaba con toda naturalidad: "Ya le dijeron a Bartolo, que se pondría bien", sin que nadie se preguntara que quiénes se lo habían dicho. Daba igual, y se acogían al dicho de: "Gato blanco, gato negro..., el caso es que cace ratones". Pues, eso: que lo que funciona..., que para qué indagar.

La voz de este suceso se corrió enseguida por todos los pueblos de los alrededores, convertido en un antes y un después. Y la gente comenzó a acudir a su casa pidiendo ayuda. Un niño tísico, una gallina que había dejado de poner huevos, un cántaro de vino vuelto vinagre, un reloj que había dejado de marcar las horas, o una brújula que no hallaba el norte. Hasta el retraso en uno de los eclipses de la Luna, le fue confiado.

Todos aguardaban pacientes la consulta, porque en la mayoría de los casos, con la simple imposición de manos y el conjuro a la madre Tierra, quedaban curados los enfermos, las hembras se preñaban, los manzanos desorientados ya no daban peras, o aparatos cuyos mecanismos aparecían devorados por el orín, volvían a funcionar.

El Santo Patrón del pueblo, Pantaleón, andaba preocupado porque ya casi no recibía las plegarias de las viejas, por la competencia de Bartolo. Hasta probó lo de escuchar el latido profundo de la Tierra, pero sus oídos de escayola policromada fueron incapaces de sentirlo, como si sólo Bartolo tuviera la exclusiva. Y todos daban por hecho que era así, sin desconfianzas que pudieran estropear algo tan mágico que sólo en su pueblo se daba.

Bartolo, seguían contemplando las evoluciones erráticas de aquellas nubes que a pesar de su color, estaban vacías y resecas. No..., no le gustaba lo que estaba viendo a través de todo su cuerpo, porque tenía más sentidos que los cinco habituales.

Al poco, un sonido de murmullo de gente, empezó a escucharse por los alrededores de la casa y alguien, sacudió la aldaba de su puerta para pedir con sus golpes que Bartolo saliera. Antes de dirigirse a abrir, echó un último vistazo al cielo y las nubes seguían con sus correrías. No le gustaba aquello.

Abrió la puerta y allí, frente a él, estaban todos los habitantes del pueblo, hasta los enfermos y las embarazadas salidas de cuentas, sumidos todos en la incertidumbre y el estupor, buscando respuesta. Cuatro de ellos portaban en andas, aunque sin mucho entusiasmo, a San Pantaleón, por si Bartolo conociera el problema pero no tuviera la solución. El cura, vestido de ceremonia, precedía al santo aunque..., a regañadientes: aquél acto le parecía que tenía mucho de profano, y poco de religioso.

"¿Es el fin del mundo..., Bartolo?", le preguntó el alcalde que presidía la comitiva. Las caras de la gente, expresaban el temor a conocer una verdad que no les gustase. Si era el fin del mundo, como habían advertido algunos en la plaza propalando esa posibilidad entre todos los allí congregados... ¿qué deberían hacer con sus cosechas a medio criar? ¿Habría que cerrar la escuela hasta que todo pasara, resguardando a los niños en los graneros? ¿Era obligatorio vestirse de domingo, aunque fuese martes, para recibir a Dios y a su Justicia Final?

Uno, que sí tenía radio, había intentado poner Radio Nacional para ver si decían algo, pero no había conseguido sintonizarla. Claro que aunque fuera una Telefunken de las buenas, si las ondas estaban sin rumbo y alborotadas barruntando los nuevos tiempos..., de nada te vale por muy

alemana que sea la radio.

Sólo Marcial, quien por su afición desmedida al alcohol debía dinero a casi toda la gente, se alegró. Ya les advirtió, porque las cosas eran así, que después del fin del mundo, se empezaban cuentas nuevas. Y que lo pasado..., pasado estaba. Ahí quedó esa advertencia.

"¿Y si no es el fin del mundo...?", le había preguntado uno de los acreedores, a Marcial.

"Si no es el fin del mundo..., ya se verá", contestó el deudor, que no aclaró más.

Bartolo, tras la pregunta del alcalde, se quedó callado y meditó unos instantes. La verdad era que hasta para él, que tenía comunicación directa con la Naturaleza, pues que le era algo nuevo esto del fin del mundo. Nadie recordaba que antes, en algún tiempo, hubiera sucedido un hecho semejante, aunque estuviera anunciado de toda la vida.

"No, no es el fin del mundo. Aún, no", certificó y puntualizó, a un tiempo, El Interpelado. Porque a Bartolo le fueron cambiando el nombre por parecerles insuficiente el que le habían dado al nacer, en vista de sus muchos merecimientos. Otras veces era El Llamado, o El Omnipresente. El mecánico del pueblo, que para lo de los sobrenombres antonomásticos nunca estuvo muy acertado, quiso ponerle El Palier por sonarle a algo francés, moderno y, a la par, exótico. Pero no gustó en los corrillos de las mujeres que se salían a hacer calceta a los carasoles durante el invierno. Así que..., no prosperó.

Y es que en esto de las antonomasias, como en tantos aspectos de la vida, hay que tener contención. Y en el caso de Bartolo..., pues tampoco la hubo, porque todos querían ponerle su propio sobrenombre y que fuera el que prevaleciera. Puro ego. Si alguien sobresalió en esto de la no contención, fue Florentino.

Florentino ya, de pequeño, apuntaba maneras de maricón, o de poeta, aunque los del pueblo no lo tenían muy claro. Los padres, no obstante, por lo del qué dirán y por temor a que les saliera poeta, le llevaron al médico para ver si la cosa tenía tratamiento y que no le fuera a más. D. Mateo, que era un ferviente admirador del Dr. Fleming, le administró 50 inyecciones de penicilina (25 en cada una de sus nalgas, que eran éstas puro vicio, al decir de las gentes) porque según él, era igual de eficaz tanto para combatir la inversión sexual, como el poetismo, si se cogían a tiempo. Y mucho reposo: "El reposo, hace milagros", decía siempre D. Mateo.

Si hubiera acabado maricón o no, ya no lo sabrían porque la penicilina, algún efecto tuvo que hacer, aunque no pudo evitarle lo de poeta. Así que

bajo el influjo de esta afición, Florentino, buscó también su sobrenombre para Bartolo: Luz del Oriente. Pero..., tampoco cuajó entre los vecinos, que no le veían sustancia.

Bueno, y volviendo al tema..., pues que ante aquélla buena noticia cuando ya todos se temían lo peor, corrieron éstos a abrazarle, a besarle las manos y, alguno, más interesado, hasta le pasó el cupón de los ciegos por la espalda, porque necesitaba el premio aquél para comprar un mulo joven: el que tenía..., pues que el animal..., valía ya muy poco. Ni los buitres lo querrían cuando se muriera y lo tuviera que llevar al muladar. Pero había sido un noble compañero de fatigas, pensaba agradecido, mientras frotaba esperanzado el cupón por la espalda de El Llamado.

Los de las andas de San Pantaleón, tampoco se quisieron quedar sin agradecer a Bartolo que les librara del fin de los tiempos, las soltaron los cuatro a la vez sin medir las consecuencias, y el Patrón rodó por el suelo porque, por muy santo que fuera, ya había perdido el sentido del equilibrio desde hacía mucho tiempo.

Como resultado, el santo se descascarilló en la caída y a D. Antón, el cura, entretenido como estaba intentando poner orden y calma en la efusión popular hacia Bartolo, porque para él seguían siendo su público, casi se desmaya cuando la imagen aquélla del siglo XVIII, "de un valor incalculable" que siempre les recalcaba, no salía indemne en lo material tras el apresurado abandono a merced de la fuerza de la gravedad aunque, una muy reciente cagada de vaca le amortiguara el golpe en la cara al llegar al suelo. Un parte médico en condiciones, habría dicho: "Presenta fractura del húmero, en su brazo derecho, contusiones en ojo del mismo lado que, gracias al acertado excremento de una vaca no perderá, y podrá seguir sin ver nada con él como antes de la caída. Raspaduras superficiales en el echarpe barroco y afiligranado en oro, con el que se cubría. Situación estable, dentro de la gravedad".

En el aspecto moral de la caída, D. Antón tardaría en recuperarse del "no hay mal que por bien no venga", ante el inestimable tino del animal aquél que justo fue a cagar allí donde San Pantaleón iría a dar con su cara y que le evitaría, a la postre, males mayores. Los rumores de milagro fueron inevitables entre las más beatas del pueblo pero eso, ya, es otra historia.

Cuando ya todos los presentes acabaron de manifestar agradecimientos hacia Bartolo y el ambiente general se calmó, todos quedaron en suspenso para ver qué sucedía a continuación. El Venerado, guardó silencio, miró hacia el cielo libre ya de las nubes negras que habían desatado el general desasosiego, y dijo:

"Podéis ir en paz". Se dio media vuelta y se metió en la casa, dando por concluido tanto alboroto. El cura, musitó contrariado: "Esa frase..., me

pertenece". Ante final tan escueto, sin más aclaraciones a tanta duda surgida y sólo resuelta a medias sobre si hubo riesgo cierto de fin del mundo o si no lo hubo, y si todo había sido un asustarse para nada donde el que se llevó la peor parte fue el pobre Santo Patrón de quien algunos se pusieron a recoger los trozos rotos, y no muy limpios, pues que la gente comenzó a volverse a sus quehaceres..., pero defraudada.

Marcial, que seguía debiendo lo mismo que antes de que todo esto hubiera concluido..., fue el más frustrado por este quiero y no puedo, y el primero en apresurarse por regresar a su casa porque, como en casa, si exceptuaba el bar de la plaza..., en ningún sitio.

Bartolo, se asomó de nuevo a la ventana para cerciorarse de que las inquietas nubes negras habían desaparecido y que habían dado paso a otras que pastaban colgadas del cielo, menudas, blancas, y esponjosas..., muy serenamente. Sintió la calma y suspiró soltando todo el aire inservible que había quedado atrapado en el fondo de sus pulmones cuando al despertar percibió aquél algo extraño y se le olvidó respirar.

Al día siguiente, la vida del pueblo volvió a la normalidad cotidiana y hasta San Pantaleón, convaleciente en su hornacina de la iglesia, retornó a recibir las visitas de sus fieles de toda la vida quienes además de preocuparse por sus heridas en la algarabía, pues también le pedían perdón por el momentáneo abandono general, origen de ellas.

D. Antón, el cura, también les miraba orgulloso, viéndoles desfilar humildemente por delante de la maltrecha efigie de San Pantaleón porque, al fin y al cabo, un Santo Patrón no deja de serlo de un día para otro. Y una vez reparado, todo lo de ayer sólo sería una anécdota a olvidar.

D. Pascual y D. Mateo, veterinario y médico respectivamente volvieron a afanarse en sanar a sus enfermos, asistir partos o certificar muertes. Marcial, se tomó sus rondas de vinos con el lema de "anótamelo en mi cuenta, que me pillas sin suelto en estos momentos", mientras hacía un amago de echarse mano a la cartera, seguramente repleta de billetes de la más alta denominación: no era cosa de dejar sin cambios al del bar, siendo tan temprano.

Marcaba el reloj de la iglesia las 11 de la mañana cuando Bartolo oyó un par de aldabonazos en su puerta. Fue hasta ella y cuando la abrió, allí estaban con su habitual gesto serio y grave, el cabo primero de la Guardia Civil del pueblo, Comandante del puesto, y su número.

Tras los buenos días de rigor, Bartolo les preguntó a qué se debía el honor de recibirles en su humilde hogar. El conocerse de algunos años, no

evitó los formalismos de rigor en este tipo encomiendas.

"¿Vive aquí D. Bartolo Morales Millán?", dijo el cabo primero.

"El mismo que les habla y tienen frente a Vds. ¿En qué puedo servirles? Si lo desean, pueden pasar al interior, y se evitan el solazo que hace brillar el charol de sus negros y respetados tricornios", contestó Bartolo metido en un papel muy formalista también, por corresponder.

"No hará falta pasar. Sólo venimos a hacerle entrega de una documentación que hemos recibido del Gobierno Civil de nuestra provincia, que a su vez han recibido del Palacio del Pardo, residencia oficial de quien ya Vd. sabrá, y a través de un motorista desplazado hasta nuestro Gobierno Civil, expresamente", dijo escuetamente el cabo primero.

"Ah..., ¡del Caudillo...!, ¿a que sí?", preguntó de forma inocente y en voz alta, Bartolo.

"Sr. Morales: éste es un asunto muy serio que exige un alto grado de discreción, como nos han advertido. Así que..., donBartoloMorales (y repitió su nombre, así, todo seguido para que viera Bartolo que no estaba para chuflas), a partir de esta entrega se limitará a hacer lo indicado en los documentos adjuntos. Y sólo ante una imposibilidad muy justificada, podrá negarse a hacer lo que en él se le ordena, ¿entendido...? Ahí va una cantidad de dinero para dietas, así como billetes de tren hasta Madrid. Y una reserva para dos noches en un hotel de tres estrellas, en la capital de España. Si fuera necesario alargar la estancia, lo mismo que la compra de los billetes de regreso en el tren, todos esos gastos correrán por cuenta del Ministerio de la Gobernación", y el Comandante del puesto de Pedregales de la Sierra, le hizo entrega del sobre que contenía todo aquello. Y terminó, mirando para los lados y en voz baja: "Ya sabe, máxima confidencialidad. No lo olvide".

Se retiraron los dos guardia civiles dando un paso atrás, se pusieron en posición de firmes, sujetaron con fuerza la correa del mosquetón que llevaban a su espalda, y saludaron marciales llevándose el canto de su mano derecha sobre la zona izquierda de su pecho. Giraron sobre sus talones y sin decir palabra, se fueron desfilando calle abajo, mientras el cabo primero, marcaba con su propia voz, el paso de ambos: "un-dos..., un-dos..., un-dos...".

Los vecinos, que habían contemplado la escena ocultos tras los visillos de sus ventanas, una vez la pareja de la Guardia Civil desapareció de su vista, salieron todos expectantes de curiosidad a interesarse por la visita recibida y lo que se llevaban entre manos. Bartolo, ya les advirtió:

"No os puedo comentar nada, porque es... un asunto... encomendado desde El Pardo, pero aún no sé qué es, porque no me habéis dado tiempo ni de leerme las instrucciones que van dentro. No me lo puedo creer: el Caudillo, escribiendo a Bartolo Morales..., ¡una carta!", dijo con orgullo.

"Pues, joder, Bartolo..., ya tardas, que nos morimos de curiosidad y nosotros tampoco vamos a ir diciendo nada por ahí. Lo que aquí digamos y oigamos, como si estuviéramos muertos", y el que habló, hizo un gesto con sus dedos a lo largo de sus labios, que venía a decir que, "ni palabra a nadie".

Poco a poco, el corrillo fue creciendo por los que se iban incorporando al haber visto desde lejos, que en la puerta de Bartolo, de nuevo, algo volvía a estar pasando. Y los que llegaban nuevos, eran informados por los que ya estaban enterados, a su manera, de lo de la carta del Caudillo y que posiblemente era que iban a ascender a Bartolo, a ministro o algo así. Eso sí, el que lo contaba, siempre advertía a sus oyentes, discreción total. Compromiso que, naturalmente, era aceptado por los nuevos.

"Joder..., Mariano..., que hay confianza..., no hace falta advertir algo tan obvio", dijo medio ofendido uno de ellos que, por supuesto, desconocía el significado de "obvio", pero le pareció una palabra muy adecuada para tan emocionante y trascendental momento.

Así que en unas horas, aquél secreto que no iba a salir ni del pueblo, se extendió por los otros pueblos del valle, de tal manera, que cuando al día siguiente Bartolo acudió a la parada donde se subiría al autobús que le llevaría a la capital de la provincia a tomar el expreso hasta Madrid, todos los vecinos de Pedregales de la Sierra acudieron a despedirle. Quien más quien menos, le recordaba que llevaba consigo una petición, una solicitud, una encomienda, un encargo..., y que no debía de olvidársele entregarla al Caudillo y, si lo creía apropiado, presionarle con tacto para que le fuera concedido.

Los de los demás pueblos que acudían a despedirle con nuevas peticiones para el Generalísimo, fueron recibidos a cantazos por los convecinos de Bartolo, temerosos de que si eran muchas las demandas de toda aquélla gente, de los unos y de los otros, y de cuya existencia no tenía ni idea el elegido por la Gracia de Dios para dirigir los destinos de España..., que al final, en uno de esos prontos que al Caudillo se le achacaban cuando le hartaban, pues que no se sirviera el conceder ni una mala paga para algún ex-combatiente, por muy leal al Alzamiento Nacional que fuera, o que tullido hubiera quedado en batalla.

Así que ante la lluvia de piedras, sin que les valiera los ruegos de aquéllos que de tal manera fueran recibidos por los que de siempre se habían llevado de maravilla y casados los mozos y las mozas sin importar lugar de nacimiento, tuvieron que retroceder y esperar mejor ocasión para

que el Generalísimo fuera conocedor de sus aspiraciones.

Ajeno a estos rifirrafes entre lugareños, y que el tiempo hacía olvidar, estaba Manuel Simón, Comandante de puesto de la Guardia Civil, sentado junto a la estufa, satisfecho consigo mismo, y metido en meditaciones sobre la vida:

"Hay que ver, Manuel, que hace cuatro años eras un don nadie destripando terrones en aquélla sierra de Jaén, y mírate y contémplate ahora respetado por todos, desfilando en las procesiones justo tras el cura, y volcado en mantener el orden en toda tu jurisdicción. Temple, y equilibrio. Ésa es la clave, Manuel", se decía para sí.

Y aunque la estufa seguía en un color rojo vivo, algo excesivo pues en la calle el frío era, moderado..., como el carbón lo pagaba el Ayuntamiento de Pedregales de la Sierra, dudó unos segundos..., pero se decantó al final por añadir otra palada más: "qué joder: para pasar frío..., ya tenía yo a mi pueblo". Se sentía, como un Rey.

Madrid, era una fiesta. O eso le parecía a Bartolo por el bullicio que lo impregnaba todo, empezando por la vista en la estación de Atocha al bajar del vagón de 2ª clase en que había viajado, y luego, cuando salió a la calle, y fue caminando tranquilo por el Paseo de Atocha: todo era gente como con prisas yendo de un sitio para otro. Y coches, taxis, camionetas, controlado todo por ese guardia de casco blanco subido a un podio, en el centro de un cruce, y que él sólo recordaba haberlos visto en el NO-DO que ponían los domingos, antes de la película, en el cine de Pedregales de la Sierra.

Tiendas, bares, cines, churrerías, odontólogos, compañías de seguros, imponentes edificios mucho más altos que los de su pueblo..., y calles todas adoquinadas donde, si la una era larga y ancha, la otra, lo era mucho más. Prostitución..., ésa que tanto proclamaba D. Antón, el cura, los domingos desde el púlpito cuando trataba sobre la vida mundana en las grandes ciudades..., no, no la vio. Sería que aún no eran horas. ¡Ah...!, y kioscos de periódicos con el ABC de ese mismo día.

"Esto, es vida", se dijo ante el ajetreo mágico de la capital de España, respirando profundamente. Vio una parada de taxis y al primero de la fila, le enseñó al taxista con su gorra de comisario político, la reseña de la dirección del hotel.

"No está muy lejos, suba. Es un buen hotel, se nota que Vd. las toca... ¿eh?, caballero... Pero Vd..., no es de aquí, ¿no?", le dijo el taxista por romper el hielo.

"No señor, no, soy de Pedregales de la Sierra, un pueblo pequeño de la provincia de...", quiso explicarle Bartolo, pero la pregunta siguiente del

conductor, le cortó su discurso.

"¿Y qué le trae a la capital de España, si puede saberse? ¿Vende algo...? Porque aquí, todos vienen a vender algo, o... a tocar alguna "tecla" para comenzar un negocio. Con perricas..., chifletes, que decían los abuelos. Vd. puede decírmelo en total confianza. Si hay algún gremio en este mundo que sea el más reservado, ése es..., el de los taxistas. Lo que se dice en el taxi, se queda en el taxi. Como lo que se dice en un confesionario, se queda allí. ¿Van los curas contando lo que les dicen los que se confiesan...? No, ¿verdad...? Pues esto..., lo mismo. Así que si me lo quiere contar, bien. Y si no, pues tan amigos. Terminada la carrera, Vd. me la paga, se va a sus cosas y, aquí paz, y allá gloria..., ya me entiende", acabó el taxista medio enfadado porque ya pensaba que el hombre aquél, de enigmático aspecto, le iba a hacer el feo de no abrirse a él. Esas cosas, cuando uno es campechano..., duelen.

Bartolo, se incorporó del asiento y se acercó hasta la nuca del taxista, con ánimo de hablarle en confianza, hasta donde pudiera contar. Y le dijo:

"Vamos a ver, porque lo que me ha traído hasta aquí es..., un tanto difícil de explicar, y no sé por dónde comenzar..."

"Ah..., bueno..., haberlo dicho antes: si lo que busca es echarse una canita al aire con las cuatro perras que habrá traído del pueblo, vamos..., irse de putas, hablando en plata, como casi todos los que vienen así como Vd., medio de extranjis..., pues yo le puedo indicar la casa de una prima mía y de toda confianza...", le estaba contestando el taxista a sus propias suposiciones.

"No..., no..., no..., que no es eso, perdón si me he explicado mal. Mire, para evitar nuevos equívocos...,iré al grano: mañana tengo que ir a una cita, en El Pardo. Ya está. Y no puedo decirle más, porque no me han dicho de qué va la cosa, y como vengo a gastos pagados..., pues tampoco es cosa de preguntar que a qué fin, cuando vienes en este plan. No sé si me entiende", concluyó Bartolo, que desconocía las formalidades propias de Madrid, e igual había estado un tanto provinciano.

"P... pero ¿para hablar con... Él?", dijo perplejo, el taxista.

"¿Con quién, él?", preguntó Bartolo, despistado.

"Joer..., ¿con quién va ser...?: c... con el Caudillo. Porque si es así, yo de lo de la casa de mi prima, le ruego que no le nombre nada, como si no se lo hubiera dicho. Es más, que yo, ni se lo he nombrado. Entonces..., Vd., es alguien importante, por lo que veo. Seguro que es de los que tienen alguna finca a dónde va Él, a cazar, seguro. Pero vamos, que yo, ni

sé nada, ni he oído nada. Ah, mire, ya llegamos. Ése es el hotel.

Y siendo Vd. de la confianza del Caudillo, por Dios..., que no pensaba cobrarle nada, quite..., quite..., faltaría más. La siguiente vez..., ya será otra cosa. Recuerdos a su Excelencia cuando le vea mañana", dijo un azorado taxista que no sabía cómo salir de este embrollo en que creía haberse metido.

Así que Bartolo, salió satisfecho del primer encuentro con un madrileño, porque jamás hubiera imaginado tanta amabilidad y generosidad, sin conocerle de nada. "Es que la cultura..., se nota", pensó. Y se dirigió al hotel.

Llegado a él, el portero le miró como con distancia, al evidenciarse su estilo poco urbano en lo tocante a su vestimenta, que lo diferenciaba a simple vista del estilo distinto, más elegante o moderno, de los clientes de ese establecimiento, pero le abrió la puerta.

En la recepción, tampoco le atendieron con mucha prisa y el hombre que debía de hacerlo, ni se inmutó, siguiendo con la conversación que llevaba con alguien por teléfono sobre si el Madrid había jugado bien, o no. Cuando colgó, se fue hacia Bartolo como haciéndose de rogar un poco, para hacerle ver que le venía grande este hospedaje "3 estrellas", y que con una talla "hostal", hubiera tenido bastante.

Pero, las cosas cambiaron cuando Bartolo sacó el sobre con toda la documentación de timbrados ostentosos con "Ministerio de la Gobernación" repartidos por todos los impresos y comprobó el importante Organismo que había hecho la reserva de la habitación a nombre de D. Bartolo Morales Millán.

De repente, al recepcionista hierático y estirado, se le empezaron a soltar los enganches que le mantenían tenso, y su boca adquirió una sincera sonrisa de gigante y le aparecieron unas aparatosas flexiones de cintura, a cada indicación que le iba dando al abrumado Bartolo, porque ya no podía pedírseles más, ante la amabilidad desbordante de los madrileños: es que se les veía buena gente.

"Por Dios, D. Bartolo..., faltaría más, D. Bartolo..., lo que Vd. nos pida, D. Bartolo, cualquier duda que tenga, D. Bartolo, que estamos aquí para atenderle en lo que sea, D. Bartolo..., a sus pies, D. Bartolo...". El hombre aquél, le obsequió con todo el muestrario de frases de cortesía repelente que conocía, y llamó a toda la cohorte de botones del hotel para que supieran que estaban tratando, no con quien lo que aparentaba, sino con quien lo que era.

El botones elegido para acompañarle hasta la habitación, soñó en esos minutos que transcurrieron hasta que le abrió la puerta y le mostró que

todo estaba en orden, en la propina que iba a recibir acorde con el personaje un tanto fuera de escuadra, de Bartolo.

Pero la realidad fue bien distinta para el muchacho, quien dependía para redondear su raquítico sueldo, de la generosidad de los clientes. En este caso, la ignorancia de Bartolo sobre los usos y costumbres de los hoteles de postín, impidió que su sueño se cumpliera. A ver qué les decía ahora a los otros botones, los no elegidos en esa ocasión, que le habían visto con envidia acompañando a Bartolo, y que le rodearían con curiosidad para ver cuánto le había soltado "el paleto importante", en cuanto volviera al hall.

Bueno, la noche pasó para Bartolo en la confortable soledad de una habitación de ese buen hotel en el centro de Madrid, con la enorme ilusión de que iba a ver a la mañana siguiente, al "Generalísimo" ése que tanto nombraban en la radio (alias habitual de Francisco Franco, que también se le conocía por "El Caudillo", cargos obtenidos porque en su día le hizo gracia a Dios) y que tan impecable salía en todas las fotos, o en el NO-DO. Algo tendría el hombre, tan campechano como se le veía cuando toda la gente salía a recibirle con vítores y aplausos, allá donde inauguraba algo, aunque no tenía muy claro qué cosa eran los vítores esos, tan nombrados. Bartolo, siempre se lo imaginaba volviendo a casa por las noches y cuando se quitaba las botas de montar a caballo (siempre lustrosas porque él, era muy repulido en su atuendo), Doña Carmen le frotaba los pies cansados de tanto andar por las obras y, él, se quedaba tan a gustito, se relajaba y se sinceraba con ella: "Pues hoy..., he inaugurado un pantano en...", y lo dejaba en suspenso, ante la pregunta de reproche cariñoso de su mujer, que no sabía dónde ponerle de lo orgullosa que estaba de su marido, que es que estaba preparado para todo lo que le pusieran por delante. Y le decía, mimosona:

"¿Pero..., otro pantano...? Paco..., que ya inauguraste dos, la semana pasada. Luego, que no te llega el presupuesto. No me extraña porque, esos pantanos, nos tienen que costar una riñonada. ¿Qué pasa..., que nadamos en la abundancia, o qué?. Ay..., Paquito..., Paquito..., que eres un manirrotón. ¿Qué te piensas..., que te lo van a agradecer?. Anda..., anda..., tontorrón..., más te valdría mandar construir un portaviones como esos que tienen los americanos: eso sí que viste, y no los pantanos esos. ¿Para qué tanta electricidad con las garrampas que da, y tanto regar campos y más campos de los que no sacarán más que patatas? Anda, que de bueno que eres..., te pasas. Quédate ahí sentado, que te traigo una copita de jerez y escuchamos el parte a ver qué dicen de ti. Seguro que sólo cosas buenas: no me extraña, si siempre lo estás dando todo a cambio de nada...", y le hizo un mohín cariñoso en la punta de su nariz, justo antes de ir al mueble-bar, a buscar las dos copas de cristal tallado (regalo de bodas de una tía de Doña Carmen) y la botellita de similar factura que las copas, con el vino de Jerez regalo de un bodeguero de aquélla ciudad, en agradecimiento a su Caudillo. La gente que..., es que

es muy buena. Y dando un profundo suspiro de enamorada, sirvió el jerez en las copas.

Con esta ensoñación sobre la familia Franco-Polo, se había dormido en la noche cuando, a las ocho de la mañana, le avisó una joven por teléfono, "que es la hora de despertarle, D. Bartolo...". Ya no sabía éste, amabilidad sobre amabilidad, cómo agradecerles a esta buena gente sus atenciones. Y sin pereza ninguna, se levantó de la cama porque todo lo que podría vivir en esa mañana, iba a ser algo excepcional. Seguro.

La ducha de su cuarto tenía, hasta agua caliente. "Esto es vida", se decía bajo el chorro mientras se pasaba la pastilla de jabón Palmolive por todo el cuerpo. "Sí, igualito que en Pedregales de la Sierra, en el cubo aquél que tengo en el corral donde me lavo cada domingo y con tajo de jabón Lagarto", pensaba. No tenía palabras ante tanta comodidad y cariño, para alabar a Madrid y a los madrileños.

Por fin, Bartolo, estaba en la calle. Se había puesto su mejor traje, heredado de su padre cuando éste falleció, y como le iba un poco amplio, pues le daba mucha libertad de movimientos y no le apretaba en los muslos al caminar.

"Y... ¡otro, taxi...!", pensó como no reparando en gastos por una vez, cuando se cansó de caminar por aquella avenida repleta de árboles en las aceras, de tiendas, de portales en edificios recargados de frutas en piedra..., y churrerías. Es que daba gozo verlas, humeantes, cucuruchos en papel de periódico con porras, churros, rellenos de crema, sin rellenar..., que la gente les quitaba de las manos al churrero porque no era para menos.

Así que, con sólo levantar la mano, otro solícito taxista paraba al lado de la acera donde él se encontraba, pero sin refunfuñar ni nada, con alegría, como si les gustara recoger clientes.

"Usted dirá", le dijo el taxista cuando Bartolo entró.

"Al Palacio del Pardo", dijo éste con toda la naturalidad.

Se sonrió el del taxi, y volvió a preguntar:

"Va, en serio..., ¿a dónde le llevo?"

"AL-PALACIO-DEL-PARDO", le insistió Bartolo, pero en voz más alta y con mejor dicción, pensando en que sería algo sordo aquél hombre.

Ahí, ya, el conductor calló, se guardó para sí lo de la pinta que le cantaba a aquél pobre hombre, que no era la habitual de entre los que se podían permitir taxis ni, mucho menos, la de los que acudían al Palacio del

Pardo. "Pero..., como ahora se ve de todo y, ya, todo vale, sin normas que pongan a cada uno en su sitio...", pensó, pues..., metió la primera, sacó el brazo por la ventanilla para indicar que se incorporaba al tráfico y, para no meter la pata..., no volvió a decir ni pío.

El taxista paró ante las grandes puertas de muy elaborada forja del palacio, Bartolo le pagó el viaje (este taxista no debía de ser de Madrid, porque no resultó tan dicharachero ni tan espléndido, como el primero) y se plantó ante la garita del militar de capa blanca y sonrisa ausente (tendría un mal día) para presentarse y mostrar la documentación que acreditaba que tenía cita con el propio Caudillo.

El guardia, telefoneó desde dentro de su garita, esperó instrucciones y cuando las recibió, colgó el teléfono y, como enfadado con Bartolo, le dijo que podía pasar. Tampoco debía de ser de Madrid. Le abrió un portillo más pequeño que había para la entrada y salida de personas, y allá enfiló Bartolo por la avenida ancha entre jardines, que llegaba hasta el pomposo e imperial edificio. Se moría de ganas por encontrarse con el Generalísimo, por ver cómo era, tanto que hablaban de él. A medida que caminaba hacia la entrada del palacio, dudaba de si habría hecho mal, con no haberle traído unas magdalenas de Pedregales de la Sierra, que tanta fama llevan. La verdad es que no fue por dinero, sino porque no había reparado en ello antes de coger el autobús. "Seguro que al hombre, le habrían gustado", pensó.

Y así, pasito a pasito, llegó a la puerta donde ya le estaba esperando uno que tampoco debía de ser madrileño, porque también estaba muy enfadado con Bartolo, según le hablaba y le miraba. Un escueto "Buenos días", mientras un guardia le revisaba los documentos y le palpaba la ropa. Se ve que la cosa, en Madrid, estaba repartida así: los madrileños-madrileños, en la ciudad, en Madrid, repartiendo amabilidad y generosidad. Y los que no lo eran, pues al Palacio del Pardo y sus alrededores más inmediatos. Esto, sólo eran conjeturas que Bartolo se iba formando, por cómo iba viendo las cosas desde su llegada.

"Puede pasar el visitante, D. Andrés", le dijo el que le había inspeccionado, dirigiéndose a quien le tenía que llevar ante su Ilustrísima, que debía de ser el propio Franco, pensó, aunque ya se hacía un poco de lío con tanto sobrenombre. Lo entendía porque, a él, en Pedregales de la Sierra, también le daban muchos sobrenombres distintos, que sólo era por respeto. Pues, con el Caudillo, lo mismo.

Los habitantes del palacio ése, serían más secos que los madrileños, no decía Bartolo que no, pero a limpios..., no les ganaba nadie. Qué suelos, madre mía, si ya no se le podía sacar más brillo a sus mármoles. Y jarrones, relojes de sobremesa, cuadros con personajes no madrileños, lámparas..., pero todo muy limpio. Yo no sé, pero Doña Carmen, como era de las que opinaban que valía más hacer las cosas, que mandarlas

hacer..., si es que no pararía en todo el día, con tantas dependencias y tantos adornos que limpiar, pobre mujer. Y luego, haz comida para todos los que iban a rendirle pleitesía a su marido que, a nada, se les juntarían 30 o 40 comensales. Y luego, ellos, bien comidos, bebidos y fumados, se levantaban, se iban y..., hala, Carmen, ponte a recogerlo todo. ¿Aún dicen...? Una santa, eso es lo que es: no viviría poco mejor de dependienta en una mercería como las que había visto Bartolo por las calles de la capital: "Metro y medio de cinta de raso, me pondrá, Carmen, haga Vd. el favor...". "Faltaría más, Julita. La tengo, en azul, rojo o fucsia. Los otros colores, los recibiremos la semana que viene". "Ah..., no, no, en fucsia, en fucsia, que es para la boda de mi prima María-Pilar y quiero que destaque". Para Bartolo, su imaginación era como otro sexto sentido, que también utilizaba para estas cosas mundanas.

Total, que D. Andrés, con un gesto de su cabeza, le indicó a Bartolo que le siguiera, que ya estaba su Excelencia en el despacho, y no se le podía hacer esperar. La expectación del visitante, se aceleró pensando en que se estaba cumpliendo un sueño, al alcance de pocos españoles que no fueran norteamericanos.

Seguían avanzando por un pasillo largo que acababa justo en unas inmensas puertas de caoba en donde, al otro lado, estaba la meta de ese viaje a gastos pagados hasta ella. En ese trayecto, ni se vio a nadie, ni se oía nada. Sólo los pasos de D. Andrés, y de Bartolo, quien iba mirando todos los adornos que llenaban paredes y mesitas. "Ésa lámpara, como la que tiene mi tía Mercedes, en su comedor", pensó Bartolo. Normal, porque la tía Mercedes ésa, había sido maestra y, al haberse ido de muy pequeña de Pedregales de la Sierra, entendía de decoración.

Final de trayecto le indicó con la mano el introductor aquél, de bigote perfilado con tiralíneas.

"Dele la mano a su Excelencia, cuando él se la ofrezca. No hable, si no le pregunta. Responda sólo, a lo que él le requiera. Sea conciso en sus respuestas porque el tiempo de su Excelencia es oro. Y quédele agradecido por la deferencia especial que ha tenido con Vd., Bartolo. ¿Me ha entendido?", le instruyó D. Andrés, antes de tocar con los nudillos en una de las puertas.

"Sí..., sí..., que le he entendido. Aunque..., no le he traído ningún recuerdo del pueblo, no sé si he hecho bien. Es que, en el estanco, venden unos San Pantaleones, patrón de mi pueblo, muy milagr...", le quería comentar preocupado al asesor, cuando éste le cortó en seco.

"Déjese de monsergas, y atento a cumplir con mis instrucciones y nada más, a no ser que él se lo solicite, ¿estamos...?", dijo D. Andrés mirando desconfiado que, el cateto ése, no le fuera a hacer algún desaguisado allí adentro, y le echaran después las culpas a él, por no hacer bien su

trabajo.

"Estamos, Sr. Andrés..., estamos...", contestó Bartolo cuando vio cómo el rictus del bigote se le rizaba a aquél hombre, que parecía enojado sin conocer el motivo. Costumbres de palacio, pensó.

El hombre serio, se estiró la chaqueta, se centró el nudo de la corbata, mal miró a Bartolo como una última advertencia..., y golpeó la puerta con los nudillos.

"Pase, Andrés", sonó una voz aflautada, desde el otro lado de la puerta. D. Andrés, abrió la puerta, pasó adentro y Bartolo, le siguió. Y allí estaba, Él. Porque lo sintió, así, con mayúscula.

"Excelencia..., le presento a Bartolo Morales Millán, de Pedregales de la Sierra". Y Bartolo, con una sonrisa de oreja a oreja, de felicidad, iba asintiendo con su cabeza, como que era él, el citado, y del lugar indicado. El Caudillo, extendió la mano, sentado como estaba, y con gesto grave, le espetó, mientras Bartolo le correspondía al saludo:

"Encantado, Bartolo... ¿qué tal el viaje..., ha encontrado todo, de su gusto?"

"Ah..., sí, sí, Sr. Caudillo, todo muy bien...", le contestó, siendo cortado por D. Andrés, que se había puesto colorado como un tomate, diciéndole en voz baja como si se mordiera la lengua, y como si D. Francisco no estuviera allí presente, ni lo oyera todo:

"Excelencia..., Ex-ce-len-cia...", para recordarle el tratamiento debido al Generalísimo de todos los Ejércitos (los de España, sólo, claro).

"No, D. Andrés, a mí, con que me diga Bartolo, ya me sobra", le respondió en voz baja, también, y poniéndose la mano delante de la boca, para que Él no le oyera en su natural modestia.

"Andrés..., retírese. Espere fuera hasta que le avise", le dijo Franco a su secretario.

"Excelencia...", le dijo. Y saludándole bajando la cabeza, salió del despacho sintiéndose ninguneado por no participar en la conversación entre aquél don nadie, y su Excelencia.

El Caudillo, se incorporó de su asiento, quedando más bajo que cuando estaba sentado, y dio unos pasos hacia donde Bartolo titubeaba, con las manos sobre los reposabrazos de su silla, sobre si era lo educado levantarse también, o esperar quieto allí, acontecimientos. Decidió

esperar, puesto que Él no le había dado instrucciones al respecto.

"Bien..., bien..., amigo Bartolo..., algo sé que me tiene que contar Vd. a mí y con todo lujo de detalles, de todas esas cosas inusuales que ocurren por su pueblo porque, aquí, en El Pardo, todo se sabe tarde o temprano... ¿no le parece, Sr. Morales?", poniéndose a su lado para decirle, sibilino e inconcreto, esta frase que no le aclaraba nada.

"¿Sabe Sr. Caudillo que, así, de cerca, se le ve más bajo que en el NO-DO? Sin ánimo de ofender, porque seguro que será cosa del celuloide, como si estirase a los que salen de él. ¿Ha probado a ponerse unas calzas dentro de los zapatos? D. Antón, el cura de mi pueblo, eso hace. Y gana mucho con ellas, no crea. Hasta la gente está más atenta cuando nos sermonea con las calzas puestas, que cuando no las lleva. Y se le respeta más, también", y le puso una sonrisa inocente, y cargada de buena voluntad para que el Caudillo ganara prestancia en los actos oficiales. A pesar de que D. Francisco no estaba acostumbrado a que nadie se tomara semejantes libertades que le dejaron descolocado, aguantó la cólera como pudo porque ahora sólo le importaba que Bartolo le ayudara con un tema que le preocupaba. Lograda esa ayuda que buscaba..., ya le haría pagar su descaro.

Aún así, el Caudillo sentía que necesitaba explotar por la osadía del botarate aquél, pero siguiendo los consejos del mismísimo Eisenhower en lo relativo a la relajación mediante el yoga, un día que hablaron por teléfono sin intérpretes ni nada porque "entre Generales, nos entendemos", como solía decir, inspiró profundamente, retuvo el aire y las ganas de soltarle dos hostias bien dadas a ese mequetrefe, expulsándolo todo muy lentamente..., se le pasaron. Y le funcionó de veras, a partir de cuando le espetó a Bartolo, ya totalmente relajado:

"Si vuelve a nombrarme una palabra más sobre mi estatura..., le mando fusilar, ahora mismo".

Y no sabemos si fue el tono usado, si su voz cálida, su fuerza interior, o la natural determinación que tiene todo líder..., pero Bartolo no volvió a respirar más que lo justo, a fin de que el Generalísimo no se quedara sin su parte del oxígeno en aquél despacho. Comprendido el mensaje subliminal, tragó toda la saliva acumulada en su boca, y puso carita de bueno. Cuando era pequeño, sí que le servía con sus padres tras alguna trastada.

"Bien, prosigo, Bartolo", siguió el Caudillo. Ahora, el tono, ya era distinto tras aplicar los conocimientos adquiridos sobre el yoga milenario.

"Lo que le cuente a partir de este momento será un secreto de estado. Lo que quiere decir que si comenta algo de esta conversación a alguien, ni aún al cura que le asista en sus últimos momentos..., le mando fusilar

cuatro veces, antes de que se me vaya de rositas al otro barrio. ¿Me entiende? Fusilar-cuatro-veces. Cuatro", y le miraba de una manera que no ofrecía dudas de que era una persona que no mentía y que cumplía con lo que prometía. Vamos, un hombre..., de fiar.

"Sí..., sí..., sí..., comprendido, Sr. Caudillo..., comprendido: ni una palabra a nadie. Esto... ¿y si me pregunta, algún vecino, así, de los de mucha confianza, para quien nunca he tenido un secreto...?", preguntó Bartolo, dubitativo, por esa lucha interior entre la sinceridad con el supuesto vecino ése, y lo de ser fusilado cuatro veces, cuatro.

"**¡¡¡¡A-NADIEEEEEEE...!!!!**", gritó el Caudillo, rojo de ira y a punto de venírsele abajo todo el entramado de la sabiduría oriental recibida a través del yoga.

Ahora, Bartolo, veía agigantado a D. Francisco y, él mismo, reducido en su silla al tamaño de un ratón que cuanto más intentaba expresar sus dudas razonables..., más la cagaba. "No hablaré..., pero tampoco es para ponerse así", pensó. El silencio del Palacio del Pardo se espesó aún más cuando el grito aquél se propagó de sala en sala y los funcionarios que estaban fuera de sus puestos, regresaron corriendo a ellos no fuera que acabaran pagando justos por pecadores.

El Caudillo, se sentó en el suelo (así, parecía un poco más alto), cruzó las piernas y con los brazos semi extendidos, separados hacia los lados y con los dedos pulgar y corazón de cada mano, unidos, comenzó a decir, a media voz:

"Aummmmmmmmm....", todo el tiempo que pudo hasta agotar el aire, tal y como le había enseñado su colega Eisenhower. Cuando se le acabaron las emes, ya parecía otro. El semblante relajado y, la mirada, vuelta por el lado bueno. Miró el reloj y vio que el tiempo le apremiaba porque después de Bartolo, tenía que recibir al Arzobispo de Sevilla.

"Bueno, amigo Bartolo, vamos a centrarnos al motivo por el que Vd. ha venido hasta aquí.

Nos han llegado rumores, acompañados de los informes del Comandante del Puesto de la Guardia Civil de su pueblo..., que Vd. tiene poderes. ¿No es cierto...?", y le sonrió guiñándole un ojo, en señal de complicidad y de que, con él, no debía de temer nada. Lo de fusilarle..., un calentón pasajero.

"Yo creo que poderes..., es un poco exagerado. Sólo es..., como un sexto sentido. Pero todo dentro de lo que está permitido por la Santa Madre Iglesia y lo que ordena su sagrado Alzamiento Nacional. Yo..., impongo manos, curo enfermos, hago fértiles a mozas y vacas..., y poco más. Ah..., y si me traen algún meteoro fuera de lugar, con unos

golpecitos, lo pongo en su sitio", dijo sin darle importancia, Bartolo, que no olvidaba el fusilamiento múltiple, a pesar de la cara más amable del Generalísimo.

"Y... ¿lo..., del fin del mundo en su pueblo..., eh?", le dijo en un tono como de "ahí te he pillado", y acabara de sacar el comodín de la baraja con el que ganarle la partida a este pez escurridizo y astuto. Bartolo, atrapado, tragó saliva y se excusó:

"Yo, Don Caudillo..., en eso, es que no tuve más remedio, y como un acto a la desesperada. Ya sabe cómo es el pueblo cuando se cree que uno tiene la solución a todos sus problemas: piden... y piden..., y nunca tienen bastante. Por cierto, aquí le dejo, todas estas peticiones de mis convecinos, que me han pedido que le entregue, a ver si Vd. puede hacer algo. Son cosas pequeñas que con cuatro perras, se les puede solucionar. Mire éste, ve..., María Sancho, que pide una pierna ortopédica porque la perdió cuando le pasó el carro por encima y se la tuvieron que cortar. Eso..., no creo que valga tanto, y a la mujer le vendría bien. O esta otra, de Manuel Mart..."

"Ah, sí..., sí..., las peticiones, cómo no..., mire Bartolo: ¿ve esas 3 pilas de documentos que están ahí en ese rincón? Bueno, pues súbase a la escalera y me las deja, estas que trae de su pueblo, sobre esa pila, la que aún no llega hasta el techo. Y a ver si un día de éstos, saco un poco de tiempo con Andrés, mi secretario, y las revisamos. Pero es que esto de ser Caudillo, es un sin vivir. Sin ir más lejos, mañana, quieras que no, hala, de caza con el Sr. Embajador americano, a Segovia. Ya le digo: un sin vivir.

Y bueno, volviendo a lo nuestro, pues eso, que Vd. tiene algo que los demás no tienen y, parar el fin del mundo, aunque sea en un pueblo abandonado de la mano de Dios..., pues no es cosa menor. Así que si se atrevió con eso, y le cambió los planes para Pedregales de la Sierra, al Altísimo..., podrá con cosas mucho más sencillas, aunque más trascendentes..., ¿no?". Y sólo le faltó decir al Generalísimo: "¿eh..., pillín?". Pero, claro, un Caudillo como Dios manda, no confraterniza así como así, y tiene siempre puesto el semblante seco del que da, aunque esté pidiendo.

"Pues no sé, Don Franco, no sé qué más cosas puedo hacer y que sean trascendentes. Una vez de pequeño, puse una piedra en la vía de las vagonetas de la fábrica de yeso del pueblo, y las vagonetas se salieron de las vías, por mi culpa. "¿Se da Vd. cuenta, de la trascendencia de su acto, Bartolo Morales?", me dijo el cabo de la Guardia Civil, cuando me llevaron de la oreja ante su presencia. Una peseta de multa les pusieron a mis padres por aquélla trascendencia. Pero, después, que yo recuerde..., ya no he hecho nada trascendente. Es que, a mí, mi padre, me arreó después una buena tunda en el culo, y ya, pues se me quitaron las ganas de

trascender".

A Bartolo, se le olvidaban las advertencias de D. Andrés sobre que, ante el Caudillo, sólo debía de contestar cuando se le preguntaba y, sólo, sobre lo que se le preguntaba. Y, de nuevo, la aguja del manómetro de la presión dentro del Generalísimo, se estaba acercando a la zona roja con tanta perorata no requerida. Así que al darse cuenta, calló, y decidió sólo escuchar.

"Vamos a ver..., Bartolo..., y le recuerdo que nada de lo que le estoy diciendo debe salir de su boca, por..., aquello de que le mandaría fusilar cuatro veces seguidas, en caso contrario...". Bartolo, asintió con la cabeza y tragó saliva. Y siguió Don Francisco:

"Sabe Vd., Bartolo..., ¿quién fue el General Queipo de Llano?"

Bartolo, movió la cabeza hacia los lados, indicando que no le conocía.

"¿No...? Pues un cabrón, como la copa de un pino", le aclaró, elevando el tono y el enojo en su cara, con lo que Bartolo, volvió a tragar una saliva que ya no tenía. Y siguió Don Francisco:

"Pero fue un cabrón al que no me pude cargar porque tenía muchos amigos entre el generalato, y porque se comportó como Dios manda con los comunistas y sus adláteres, en Sevilla, tras el Glorioso Alzamiento. Por eso, tuve que aguantarle..., aunque fuera un cabrón, a quien Dios tenga en su Gloria. ¿Me entiende?".

Bartolo dudaba si decir que sí y tildar, también él, de cabrón a un General, si decir no y ponerse a mal con el Caudillo, o no decir ni sí, ni no, y sólo preguntarle lo que significaba "adláteres", no fuera a meter la pata, después. Ante la duda, empleó su tiempo en un nuevo intento de tragar saliva. Y siguió Don Francisco:

"Ahora, Bartolo, fíjese, y no olvide lo de los cuatro fusilamientos". Se puso de espaldas a él, se levantó la chaquetilla, y le mostró su enorme culo vestido de militar.

"¿Ve mi culo, Bartolo?", le preguntó casi como dirigiéndose al culpable de aquél culo que llevaba a todas partes, en la guerra o en la paz, desde que había nacido en El Ferrol, allá por 1892. Se bajó, la chaquetilla y se giró de nuevo hacia Bartolo, para seguir explicándose:

"Pues que estoy hasta los huevos de llevar este culo impropio de un hombre, y por el que el cabrón de Queipo de Llano me llamaba ante los demás Generales cuando yo no estaba presente: "Paca, la Culona". "¡Paca..., la Culona!". El descojono padre de todos mis compañeros en los bares de la Plana Mayor..., y con razón. Cuando todos los niños de mi

edad estaban dando el estirón, a mí, sólo me creció este jodido culo de secretaria". Bartolo, le miraba en silencio, ojos muy abiertos, oídos en tensión, para intentar comprender qué pintaba él, en todo aquello.

Y como si Bartolo fuera un cómplice necesario en aquél culo del que Franco tanto abominaba, continuó hablándole con la vista clavada en aquél ratón al que cada vez le sobraba más silla.

"Así que Vd., que tiene los poderes que quiere y cuando quiere, si tanta habilidad dice que tiene, hágame un imposición de manos en él, y conviértalo en un culo de nadador olímpico, que si es capaz de poner los eclipses en hora..., podrá con este cambio que es algo mucho más sencillo.

Los médicos, no han tenido cojones a reducírmelo con cirugía estética; las monjas carmelitas descalzas, me frotaron las nalgas con el brazo incorrupto de Santa Teresa, pero... ¿ha visto Vd. que se me redujera el culo?. ¿No, verdad...? Pues yo, tampoco.

Hago flexiones todos los días, ejercicios de gimnasia sueca, me hacen masajes, comulgo a diario y le pido a Dios que a cambio de hacer de España el bastión de Europa en pro del catolicismo, me reduzca el culo. Pues no señor, no le ha salido de los coj..., eso, de... ahí mismo, concederme algo tan simple. Así que si Vd. le echó un pulso al Mismísimo, y le jodió su fin del mundo en aquella ocasión... no me diga que no le puede echar otro pulso a la madre Naturaleza, y que corrija lo que hizo mal hace 63 años. No es pedir mucho, digo yo". La arenga acabó, y Bartolo se dio cuenta de que el Generalísimo tenía su dedo índice casi que metido entre los ojos, como una advertencia de que no admitía un no por respuesta cuando la cosa era así de trascedente.

Bartolo estaba asustado porque, él, nunca había hecho milagros o hechos extraordinarios, por obligación. Los que le salían..., pues le salían. Y los que no, pues nadie le reprochaba nada, y se volvían todos para su casa, resignados, sin poder resolver el problema que les había llevado hasta él. También el Santo Patrón, San Pantaleón, les fallaba muchas veces, y nunca nadie le reprochó nada, pues... porque no somos gente para un día. Y el mismo cojo que se le veía volver resignado hacia su casa, cojeando igual que al ir hacia el Santo todo ilusionado, tras la visita a aquél, quien parecía no enterarse de nada..., pues que otro día le volvía a pasar lo mismo, pero con Bartolo. La vida en los pueblos pequeños, era así: hecha a la conformidad con el día a día.

"Es que..., Sr. Franco..., yo no sé si voy a saber hacer eso. Sería la primera vez que imponga mis manos en las nalgas de varón alguno", le dijo Bartolo. "Y tampoco sé cuánto rato debo de estar, si sólo ha de ser un

ligero toque, o conviene un toque de una hora, por decir algo", terminó.

"A ello, Bartolo: no quiero excusas. Mire, esto que le pido..., no es por mí. Es, por España. Algún día, me veré obligado a visitar otros países donde, además de ser aclamado como defensor del mundo libre y que, a cambio, nos concedan ayudas al desarrollo, pues que debo dar una imagen distinta, moderna, europea, o americana, dependiendo del país que esté visitando. Y yo, si he de ir de tournée con este culo..., pues que de aquí, no me muevo. Para hacer la risa, como en los bares de los Generales, para eso..., quieto en El Pardo. Y más, que al año que viene, tendremos la televisión y, ya, con ella, ni al cine habrá que ir. Doña Carmen y yo, tan ricamente viendo los festivales sindicales de Educación y Descanso, que se desviven por obsequiarme, y sin moverme de casa. Así que asuma Vd. su responsabilidad, que si lo hace con cualquier botarate de su pueblo, también lo podrá hacer con la máxima autoridad del Estado: es, de cajón".

Bartolo comprendía que era razonable, y que había motivos para esa transformación de sus excelsas y caudillas nalgas, por otras más estilizadas. La felicidad de 29 millones de españoles, dependía de él. Tomó aire, tragó el hilillo de saliva acumulada, se encomendó a San Pantaleón... y sólo dijo:

"Adelante. Por favor, mi Generalísimo...: bájese los pantalones y ponga su pecho sobre el escritorio, que voy a proceder".

El Caudillo, sin pensárselo dos veces, se soltó el correaje, se bajó los pantalones y unos calzoncillos marianos que llevaba debajo porque en El Pardo, no iban muy sobrados de temperatura, y recostando su pecho sobre su mesa le dijo a Bartolo:

"Adelante, y sin ascos, que me bañé anteayer".

El espectáculo de aquellas nalgas, blandas y claras, como de señora mayor, hizo carraspear a Bartolo, que no sabía por dónde atacar a aquél par de enemigos deformes. El milagro sería, salir vivo de aquélla experiencia, si conseguía superar las arcadas que le estaban entrando.

Posó sus manos, una en cada nalga y las notó frías.

"Uy, Bartolo..., qué calentitas tiene esas manos. Restriegue..., restriegue bien por todo que ya noto su energía y el poder reductor de la misma, porque se me están apretando una contra la otra, como por encanto. Por si lo necesita, tengo alcohol de romero, en el cajón primero de mi mesa y que suelo emplear contra la dermatitis seborreica y el reuma. Además, es tonificante...", y cuando le iba a terminar de enumerar

todas sus propiedades, sonó el teléfono que tenía al lado de su cara.

"Dígame, Andrés, que estoy muy ocupado en estos momentos", le contestó secamente a su secretario, mientras emitía un jadeo de placer con los masajes vigorosos de Bartolo, muy asumido su papel que "de perdidos..., al río"

"Excelencia, es del Departamento de Estado americano. Han dicho que es el Sr. Eisenhower, en persona, que desea hablar con su Excelencia. ¿Le paso la llamada?", le dijo un dubitativo Andrés por si una llamada tan importante, estuviera interrumpiendo algo de similar categoría.

"Está bien. Joder, Andrés, qué inoportunos son estos americanos, si sólo son las 11 de la mañana. ¿No tienen otra hora para llamar? Bueno..., pásela, ande, pásela...", le dijo Franco contrariado porque no le dejaran gozar de esos momentos.

"Excelencia, debe de ser muy importante porque allí, en Washington, sólo son las 5 de la mañana. Imagino que será, también, porque nos vaya bien a nosotros este horario. Le paso la llamada, Excelencia", y desapareció la voz de Andrés, cambiada por la del funcionario norteamericano.

"Buenos días, Majestad..., soy Benjamin Rodrigues, del Departamento de Estado para Latinoamérica. El Sr. Presidente, desea hablar con su Majestad, si es posible ahora, ¿o.k.?", solicitó el del otro lado de la línea.

"Sí, sí, por supuesto, pásemelo, por favor... ¡uffff...!", dijo el Caudillo, soltando al final un suspiro de gozo, porque la nalga izquierda colgaba medio suelta de lo relajada que se la estaba dejando Bartolo, con su imposición de manos.

"¿Perdón? No he entendido lo que me ha dicho al final, Majestad", le solicitó sobre el "¡uffff!" último del Caudillo.

"Nada, nada..., cosas de la línea..., páseme a su Presidente...", le dijo.

Se oyeron unos ruidos telefónicos y ya por fin, la voz de "Ike", como le decía el Caudillo, ahora que ya se tenían una confianza. A la postre, dos Generales..., dos colegas.

"Caudy..., ¿cómo estás, hombre..., que no se te ve el pelo?" ("Caudy", es "Caudillo", en americano).

"Aquí, trabajando por el mundo libre, que nos dan mucha faena los masones y los comunistas. Bueno, Ike, qué te voy a decir que aún no sepas sobre esto. ¿A ver..., qué te cuentas, maricón..., que eres más traidor que un rayo, ¿eh...?". No es que Franco le estuviera insultando,

no, pero como había confianza, pues se hablaban así.

"Uy..., qué hijoputa...: ya estarás con alguna secretaria encorriéndola por esos despachos, como si lo viera, con lo putero que has debido ser tú toda la vida. Porque... sí, mucha misa..., mucha misa..., pero que picha brava, no cree en Dios, ¿eh..., cabroncete...?", le contestó Eisenhower en ese mismo tono festivo.

"Bueno, a ver Ike..., ¿qué me vas a pedir esta vez...? Porque los americanos, sí, tenéis muchas perras, pero para dar, me llamáis poco, ¿eh..., tontolaba?". Es que Franco, cuando quería, tenía mucha chispa.

"Un regalo. ¿No dices que sólo te pedimos? Pues esta vez, te vamos a hacer un regalo. ¿Cómo lo ves, Gordy?". Hay que reconocer que Ike, era también un engatusador empleando apelativos cariñosos.

"Suelta..., que te temo cuando me halagas como sólo tú sabes hacerlo, bribón. ¿No querrás, al final, algún préstamo, con tanto "regalar", eh...?", le dijo Franco que se las sabía todas porque ya llevaba muchos tiros por las orejas.

"Mira, una oferta que no vas a tener cojones a rechazar: acabamos de estrenar unos bombarderos, B-52 los llamamos, que sé que te van a encantar. Hasta 32 toneladas de bombas, podemos cargar en él. ¿Tenéis algo así en Sudamérica, capullo? Y bombas..., pero nucleares, no de esas de pueblo que aún usáis allí. Y os dejamos que los veáis despegar y aterrizar, aunque eso sí, como necesitan pistas más largas que las habituales vuestras, vamos al 50% de los gastos de ampliación de las que tenéis, o las nuevas que haya que hacer. ¿Qué, cómo se te queda el cuerpo, cabezón?". Ike, sonreía al otro lado de la línea porque la oferta era irresistible. Ni los chilenos tenían algo así.

"Hostia, maricón..., no me lo puedo creer que sea verdad. Qué cabrón..., qué cabrón..., unos aviones nuevecitos para nosotros. ¿Y serán, a reacción, supongo?", le preguntó ilusionado.

"Hombre, no, a hélice van a ser, ¿o qué? Pero tú..., ¿con quién crees que estás tratando, con un mindundi...? Te gustarán, ya lo verás. De momento, van dos escuadrones. Luego ya, según cómo te portes..., ya te mandaremos más", dejando en el aire el "según cómo te portes".

"A ver si ahora te me vas a poner tiquismiquis con mi comportamiento..., porque últimamente, estamos fusilando a poca gente. Como todo os parece mal... Lo único es, lo de la democracia, mira, con eso..., no puedo. Así que no me lo pidas. Y no me hagas hablar, porque... ¿y lo de tus negros..., qué?", poniéndosele un pelín chulico, al americano.

"¿Qué les pasa a mis negros, tontolaba?, si les llevamos en palmitas. Hasta sitios reservados en los autobuses, les hemos puesto. ¿Querían un barrio para ellos solos? Pues tomad, el Harlem, hala, todo vuestro. Y a jugar al baloncesto que se os da bien. Así que no sé que tienes que decir tú de mis negros, modorro", terminó Ike de hablar, porque ya se le estaba empezando a calentar la boca.

"Que no, que era en broma, joder, tío, cómo te pones por nada. Bueno, tú..., mándame los aviones esos, y ya, lo de las pistas pues ya pediré presupuesto a los albañiles que nos trabajan a nosotros en El Pardo, y nos facturan todo bajo mano. ¿Algo más, mi General?", le preguntó para rebajar la tensión del toma y daca.

"Bueno..., sí. Mira, es que tenemos un excedente de 30.000 Jeeps, y he pensado que a vosotros os harían mucho papel allí, para cuando llega la época de recoger la banana y eso. Y me he dicho: al Caudy, le coloco 25.000 Jeeps, por la gorra. ¿Qué te parece? Precio de amigos, ya lo sabes. A ver si te me vas a rajar ahora, por cuatro perras, ¿eh, chaparrete...? Siempre he dicho que los pequeños sois, los que los tenéis mejor puestos. ¿Quedamos en 25.000, pues?", metiendo presión para cerrar el trato.

"Espera, Ikenazo, que lo consulto con el consejo de Ministros, que justo ahora estamos reunidos. Un momento". Y tapó con su mano el micrófono y le explicó a Bartolo, de qué iba la oferta, y que qué le parecía a él.

"Hombre, Sr. Caudillo, los Jeeps, siempre han sido buena marca. Y comprando 25.000 de una tacada, seguro que se los saca a buen precio. Y entre amigos, ni le cuento", le aconsejó Bartolo.

"Vale, Ike, que al final, acabas siempre convenciéndome. Se me ha resistido un poco el del Ministerio de Hacienda porque..., a fin de cuentas, pues un contable que no mira más que los números. Ya le he dicho: "Coño, que estoy tratando con Ike, que es un amigo...". Y, ya, pues ha dado su brazo a torcer. Así que mira a ver si te estiras tú en el precio, que ya veré yo a ver qué hago después con tanto Jeep. Bueno, mariconsón, como dicen en Cuba, que te tengo que dejar, que están los ministros que me miran con mala cara por la hora que es y tenemos mucho temas que tratar aún. Cuando vaya por Washington, ya te puedes pagar algo cuando salgamos de putas por las noches, que digo yo que algo habrá abierto a esas horas allí, ¿no? Venga..., un abrazo..."

"Eso está hecho, Caudy, descuida. O si no, en Madrid, que no sé quién irá antes a ver a quién, que la Carmen te tiene más controlado...: por algo será, pillastre, por algo será... Un abrazo". "Qué noblotes son estos americanos. Ingenuos, pero noblotes", pensó el Caudillo cuando colgó el

teléfono.

"¿Qué..., Bartolo... cómo va ese culo..., se nota algo..., o no se nota nada?, le preguntó impaciente el Generalísimo.

"Yo creo que sí, Sr. Caudillo, la carne se le empieza a poner más prieta, aunque yo creo que esto no es cosa de dos días, que es para largo. Son muchos años sin la atención debida a estas nalgas, mientras sólo dedicaba su tiempo a guerrear en África, y a sus Alzamientos. Es cuestión de perseverar, aunque nada más sea por restregárselas por la cara, al bueno del general Queipo de Llano, esté dónde esté. Yo, aquí, en Madrid, estoy la mar de a gustito, así que me puedo quedar todo el tiempo que su Santidad quiera". Bartolo, ya se veía comiendo churros a tutiplén, viviendo en el hotel 3 estrellas a cuerpo de rey, a cambio sólo de la imposición diaria de manos en aquél acaudillado culo, lo que tampoco era para tanto.

Bueno, y que así, de paso, conocería gente importante y los entresijos de la alta política. Hoy, al general Eisenhower, sin ir más lejos.

Bartolo, le dio una palmada cariñosa en el culo del Generalísimo y le dijo:

"Por hoy, primer día, ya está bien, no conviene forzar la fibra muscular, no vaya a ser que sea peor el remedio que la enfermedad. Puede ya vestirse si gusta, a ver si en un tiempo prudencial, puede estrenar su culo soñado. Y ya, con él..., a ver mundo", le dijo un Bartolo algo venido arriba con su supuesto poder de modificar los volúmenes, a través del cual disfrutar de una nueva vida en la capital de España, y todo el tiempo que se le permitiera el ir alargándolo. Pedregales de la Sierra, se le había quedado pequeño, y muy lejos. Para churros-churros..., los de Madrid.

Y puesto ya en soñar con empresas de mayor calado..., "¿cómo tendría el culo, el Sr. Eisenhower?", pensó Bartolo, que desconocía que en Washington no había churrerías.

F I N